

LA HERENCIA DE JORGE JUAN

**Muerte, disputas sucesorias
y legado intelectual**

Rosario Die Maculet / Armando Alberola Romá



MONOGRAFÍAS

PUBLICACIONES

Universidad de Alicante



LA HERENCIA DE JORGE JUAN

Muerte, disputas sucesorias
y legado intelectual

Rosario Die Maculet
Armando Alberola Romá

LA HERENCIA DE JORGE JUAN

Muerte, disputas sucesorias
y legado intelectual

Universidad de Alicante
Fundación Jorge Juan

© Rosario Die Maculet, 2002
© Armando Alberola Romá, 2002
Fundación Jorge Juan
Publicaciones de la Universidad de Alicante
Campus de San Vicente, s/n
03690 San Vicente del Raspeig
publicaciones@ua.es
<http://publicaciones.ua.es>

Diseño portada: Alfredo Candela

Impresión: Publidisa

I.S.B.N. eBook: 978-84-9717-076-5

I.S.B.N.: 978-84-7908-682-4

Depósito legal: A-295-2002

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni/o transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado — electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	17
 CAPÍTULO 1	
EL CIENTÍFICO Y SU SIGLO	21
- Jorge Juan en la ciencia española del siglo XVIII	21
- Jorge Juan, marino y científico	29
 CAPÍTULO 2	
EL ENTORNO PRIVADO	41
- Jorge Juan a través de la documentación particular: el epistolario de Miguel Sanz	41
- La familia	46
- El patrimonio	59
 CAPÍTULO 3	
LA MUERTE DE JORGE JUAN	69
- Últimos días	69
- Funerales y entierro del marino	78
 CAPÍTULO 4	
INTERVENCIÓN DE DOCUMENTOS E INSTRUCCIÓN DEL ABINTESTATO: EL CONFLICTO SUCESORIO	89
 CAPÍTULO 5	
INGRESOS Y GASTOS DE LA HERENCIA	99
- El dinero	99
- Criados y caballerías	103
 CAPÍTULO 6	
EL REPARTO DE LOS BIENES	111
- La disputa	111
- Un traje para Bernardo y un navío para Margarita	123

CAPÍTULO 7

LA HERENCIA INTELECTUAL	131
- Venta de la biblioteca	131
- Su obra personal:	
- La impresión del <i>Examen Marítimo</i>	135
- La reedición de <i>las Observaciones Astronómicas</i> : un alegato póstumo	139
- El retrato de Jorge Juan	152

CAPÍTULO 8

BREVE NOTICIA... DE LA VIDA DE MIGUEL SANZ	161
- La sombra del sabio	161
- Madrid (1773-1775)	164
- Cartagena (1775-1785)	172
- Viaje por España (1785-1788)	177
- Palma de Mallorca (1788-1793)	179
- Cádiz (1794-1800)	181

APÉNDICE

ÁRBOL GENEALÓGICO	188
EPISTOLARIO	191

ABREVIATURAS UTILIZADAS

AEMM: Archivo Eclesiástico Militar de Madrid.
AGM-AB: Archivo General de Marina «Álvaro de Bazán». Viso del Marqués.
AGMS: Archivo General Militar de Segovia.
AGS: Archivo General de Simancas.
AHAC: Archivo Histórico de la Armada. Zona Marítima del Mediterráneo. Cartagena.
AHME: Archivo Histórico Municipal de Elche.
AHN: Archivo Histórico Nacional.
AHPA: Archivo Histórico Provincial de Alicante.
AHPC: Archivo Histórico Provincial de Cádiz.
AMA: Archivo Municipal de Alicante.
AMB: Archivo de la Marquesa del Bosch.
APCSF: Archivo de la Parroquia Castrense de San Francisco. Isla de León/San Fernando. Cádiz.
APSME: Archivo Parroquial de Santa María de Elche.
APSM: Archivo Parroquial de Santa María de Monforte.
APSNA: Archivo Parroquial de San Nicolás de Alicante.
APSPN: Archivo Parroquial de San Pedro Apóstol de Novelda.
CMMN-CAM: Casa-Museo Modernista de Novelda-Caja de Ahorros del Mediterráneo.

PRÓLOGO

Los directivos de la *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante* dedicaron el número monográfico de los años 1999-2000 al estudio y valoración de *Epistolarios y Correspondencia*. En ese volumen podía leerse un artículo de Rosario Die y Armando Alberola sobre «Muerte, funerales y sepultura del científico Jorge Juan a través de la correspondencia de su secretario Miguel Sanz». El breve artículo fue el anticipo del libro que el lector tiene en sus manos.

La figura de Jorge Juan, uno de los más claros exponentes de la Ilustración española, ha interesado a los historiadores. En general, el centro de atracción han sido sus aportaciones científicas, tanto en la expedición al Perú para la medición de un grado del meridiano terrestre como sus libros científicos, *Observaciones astronómicas*, publicadas en 1748 como resultado del viaje, y el *Examen marítimo*, aparecido en 1773 después de su muerte. También han interesado sus misiones diplomáticas, como espía científico en Inglaterra o como embajador extraordinario en Marruecos. Estos aspectos quedan expresados en un amplio capítulo del libro: es el marco cultural que abarca la actividad intelectual y política del ilustrado alicantino. Pues bien, en ese marco, dentro del momento y carácter concreto de la Ilustración española, es menester situar el análisis de las circunstancias que rodearon la muerte de Jorge Juan, la actitud de la familia y de las autoridades así como el legado económico y cultural del marino. La correspondencia conservada, aunque no sea tan abundante como los autores deseaban, ha permitido a Rosario Die y Armando Alberola esclarecer noticias muy interesantes.

Llama la atención, en primer lugar, la complejidad de la familia de Jorge Juan: padres casados en segundas nupcias y ambos con hijos de sus matrimonios anteriores. Y, dentro de ese mundo familiar, el lector puede observar una pobreza de espíritu y falta de altura de miras sorprendente: nulo interés cultural y escasísima preocupación por el legado intelectual del ilustre marino. Mucho apego, eso sí, a la herencia material. El estudio demuestra que sólo las gestiones del secretario hicieron posible el hallazgo de un lugar digno

para la sepultura así como la preparación de una lápida de mármol que señalara el lugar donde reposaron los restos.

Sorprende, además, la complejidad de las gestiones necesarias para no dejar desamparados a los «*familiares*», es decir, a la servidumbre. Las nueve personas, que constituían la «*familia*» de Jorge Juan (mayordomo, lacayos, cochero, cocinero, ...) y que no tenían seguridad social, no podían quedar desasistidas. Esta misión, considerada sagrada en la época, consistía en la búsqueda de un oficio, un empleo, que les permitiera subsistir con dignidad. La tarea, no siempre fácil, fue asumida por el fiel secretario Miguel Sanz porque para los herederos directos constituía una molestia y un gravamen del que deseaban desembarazarse cuanto antes.

Tampoco se manifiesta, a decir verdad, interés en la Armada o en el gobierno por el legado cultural de Jorge Juan. En este sentido, conviene reflexionar sobre el desprecio hacia el *Examen marítimo*, la obra cumbre del marino y una de las aportaciones básicas del siglo en el campo de las técnicas marítimas. El hecho de que ningún librero —ni siquiera Francisco Manuel de Mena que había sido el impresor— quisiera hacerse cargo de la distribución y venta expresa el escaso interés cultural de la sociedad. Pero más grave todavía: tampoco la Armada, ni los miembros del gobierno, que con anterioridad le habían encargado la dirección del Colegio de Nobles de Madrid, manifestaron especial empeño por distribuir un libro que podía contribuir a elevar el nivel científico de los guardias marinas. Sólo años después, la decisión de Gabriel Císcar, profesor de matemáticas en la Escuela de guardias marinas de Cartagena y más tarde almirante y regente, de reimprimir el *Examen marítimo* con las adiciones pertinentes, constituyó un reconocimiento público al mérito de su obra.

Las peripecias que sufrió la biblioteca de Jorge Juan (hoy bien conocida) demuestran el escaso entusiasmo suscitado, a pesar del valor de su contenido. Las noticias sobre las gestiones del secretario Miguel Sanz, en su intento de venderla, son desoladoras. La familia, por supuesto, no demostró el menor interés por conservar obra alguna. Tampoco el entorno más cercano al monarca —en consonancia con otras actuaciones de Carlos III— demostró especial sensibilidad, pues entorpeció una solución más digna, aunque compró algunos libros para los archivos de Indias y Marina. Sólo la Real Biblioteca, dirigida por Juan de Santander, dio pruebas de un cierto sentido de comprensión ante la riqueza de una biblioteca, si no muy extensa, selecta y dotada de libros de la más alta especulación científica y técnica. Como puede deducirse de los siguientes datos, tampoco parece que hubo especial esmero.

La Real Biblioteca —y el monarca personalmente, por supuesto— siempre había gozado del privilegio de compra de libros de las grandes bibliotecas antes de que salieran al mercado o almoneda pública. Así ocurrió con las de personajes públicos como Pardo de Figueroa, Fajardo, González de Barcia o Fernando de Velasco. Ese privilegio permitía dotar mejor la Real Biblioteca,

pero desfloraba el conjunto dejado a la muerte del propietario. En cualquier caso, la elección dependía del bibliotecario mayor. Así, Nasarre pagó 12.260 reales por doscientos volúmenes de manuscritos de la biblioteca de Fajardo, aunque con anterioridad había ofrecido 22.000. Esto ocurría en 1740 y, apenas tres años después, la Real Biblioteca pagó 14.721 reales por parte de la biblioteca del consejero de Castilla González de Barcia. Este lote comprendía sesenta y cuatro volúmenes de manuscritos y doscientos noventa y un libros impresos.

En otras circunstancias, en 1791, siendo bibliotecario mayor Pérez Bayer, la Real Biblioteca desembolsó 232.951 reales por la biblioteca del consejero de Castilla Fernando de Velasco, eso sí muy abundante (seis mil ochocientos veintinueve volúmenes) y selecta en libros de humanidades.

Cronológicamente situada en medio de las compras anteriormente citadas aparece la venta de la biblioteca de Jorge Juan. Y los datos proporcionados por el secretario son elocuentes. Carlos III, en una decisión calificada por Miguel Sanz como *«el parto de los montes»*, pagó 2.550 reales (que con el descuento quedaron en 2.394) por unos cuantos volúmenes, el infante don Gabriel (el discípulo predilecto de Pérez Bayer) compró libros por valor de 1.632 reales, el general O'Reilly gastó 1.216 por un lote y el médico Creagh, que atendió a Jorge Juan en sus últimos momentos, 305 reales. Por su parte, Juan de Santander adquirió para la Real Biblioteca *«todos los volúmenes ingleses que no interesaron al rey, con la única rebaja del tercio de su valor»*. El resto acabó vendiéndose al librero Bartolomé de Ulloa por el *«módico precio de cinco mil reales de vellón, lo que suponía algo más de la mitad de su tasación»*. Este fue el final de una espléndida biblioteca científica.

Un capítulo interesante del libro de Rosario Die y Armando Alberola es el referido al retrato de Jorge Juan; tanto el físico, basado en la mascarilla mortuoria retocada, como el moral. En este sentido, las noticias aportadas por el erudito jesuita Andrés Marcos Burriel, en su correspondencia con Gregorio Mayans, han sido utilizadas con habilidad por los autores. Se pone aquí de manifiesto el retraimiento del marino, su displicencia y autosuficiencia al criticar los comentarios que generosamente hacía públicos el jesuita, el olvido de los favores recibidos en los momentos difíciles por parte de Burriel, quien siempre manifestó su admiración por el genio matemático de Jorge Juan y que expresaba con sinceridad su juicio, *«porque este es de genio raro y de no menos raras aprehensiones en estas materias»*. Son matices del carácter de una persona que, carente de afecto familiar durante toda su vida, no fue generoso con los amigos, temeroso quizás ante la sociedad hasta el extremo de no dejar nunca que se le hiciera un retrato. Desde esta perspectiva resultan lógicas las diferencias surgidas con motivo de la *Idea de la Historia de la Septentrional América* de Lorenzo Boturini quien, basándose en el pensamiento de Vico y poseedor de restos arqueológicos de los aztecas, quiso dar una interpretación del cómputo del año me-

xicano. Y aquí se enfrentaron la visión del historiador (Burriel y Mayans) y la del matemático-astrónomo (Jorge Juan).

Dado el carácter del marino, resulta admirable y digna del mayor elogio la generosidad con que su secretario sirvió con tenacidad la gloria póstuma de su señor ante la incomprensión de las autoridades y, sobre todo, la despreocupación más absoluta de la familia. Celebro que los autores hayan dedicado un capítulo-epílogo a esclarecer la personalidad y la carrera militar de Miguel Sanz, cuya entrega nos ha permitido conocer las circunstancias de la muerte del ilustre marino así como las reacciones de las personas de su entorno.

Me permito añadir una última reflexión sobre las complejas relaciones entre políticos e ilustrados, aunque centraré mi interés en señalar el paralelismo del caso de Jorge Juan con el de otro valenciano coetáneo como era Pérez Bayer. Es bien sabido que los monarcas del XVIII en Europa y, por supuesto, también en España pretendieron dirigir los movimientos culturales. En consecuencia, entre nosotros, el afán de los gobernantes por fijar la orientación cultural se unió muchas veces al interés de los hombres de letras por servir al poder. Era una forma de adquirir fama y prestigio social.

Evidentemente los gobiernos borbónicos deseaban una cultura preferentemente técnica y utilitaria. Pero, después de la Guerra de Sucesión, los esfuerzos gubernamentales no se dirigieron a fomentar la actividad científica de los *novatores*, al fin y al cabo civiles, sino que buscaron el modo de propiciar el desarrollo en el ejército de centros de trabajo y estudio en el campo de la ciencia aplicada. Este es el criterio general de los historiadores. En palabras de Antonio Lafuente la *«presencia [de los centros científicos militares] fue tan decisiva y tan amplio el control que ejercieron sobre el primer plantel de instituciones, que puede calificarse este proceso como militarización de la ciencia española de la Ilustración»*. Estas circunstancias explican la posibilidad de que Jorge Juan siguiera la evolución de la más alta especulación científica y técnica al ingresar en la Academia de guardias marinas.

Ahora bien, hay otro matiz que conviene tener en cuenta: la *«desideologización»* de los funcionarios en la terminología de los autores. Y aquí entra el paralelismo con Pérez Bayer. Porque, de hecho, los hombres de ciencia, o de letras, deberían estar preparados para desempeñar las funciones a que el gobierno les destinara. Y este es el punto concreto de mi reflexión.

No hay duda de que todos los hombres de letras que, a lo largo de la primera mitad del siglo XVIII, ascendieron en la carrera política o militar fueron favorecidos por los jesuitas. Este es el caso de Jorge Juan, pero también de Pérez Bayer. El marino fue protegido por el ministro José Patiño, que había sido jesuita, y por Ensenada en íntima colaboración con los padres de la Compañía, y superó las dificultades con el Santo Oficio gracias al favor del padre Burriel. En estricto paralelismo –si bien en el campo de las humanidades– Pérez Bayer consiguió la cátedra de Hebreo en Salamanca con el apoyo de los colegiales mayores y el favor de los jesuitas, que continuaron propiciando

su escalada político-social: miembro de la Comisión de archivos en vísperas del Concordato de 1753, canónigo de Barcelona y becario para ampliar estudios en Roma.

Pero cuando las circunstancias políticas cambiaron los dos hombres de letras, el científico y el humanista -Jorge Juan y Pérez Bayer- se acomodaron con facilidad a la nueva misión que les ofreció el gobierno y sucedieron sin oponer la menor resistencia a los jesuitas. Jorge Juan al frente del Seminario de Nobles y Pérez Bayer como preceptor de los infantes reales, cargos que venían desempeñando padres de la Compañía. Ambos habían entendido a la perfección el ideal del hombre ilustrado, deseado por los gobiernos españoles del XVIII, y prestarían su inteligencia a los ideales trazados por los ministros borbónicos. Otros, menos hábiles o menos dóciles, fueron marginados o acabaron en el exilio.

Esa fue nuestra Ilustración, sumisa y al servicio del poder político. Evidentemente la fuerza de nuestra burguesía no daba para más. Y frente a la capacidad de acción de quienes representaban el inmovilismo cultural, nuestros ilustrados buscaron el favor del monarca. Claro que no siempre los políticos respondieron con generosidad y comprensión como demuestra el libro que ahora, gracias al esfuerzo de Rosario Die y Armando Alberola, tenemos a nuestra disposición.

Valencia y diciembre de 2001

Antonio Mestre

INTRODUCCIÓN

El marino Jorge Juan Santacilia representa, sin género de duda, la personalidad científica más relevante del siglo ilustrado español. Nacido en Novelda en 1713, su compromiso con el reformismo que encarnó el marqués de la Ensenada y sus decisivas aportaciones en el campo de la astronomía, de las matemáticas o de la ingeniería naval le convierten en obligada referencia de un período en el que, con cierto retraso y algunas dificultades, las Luces dejaron sentir su influjo en nuestro país. Significado miembro de la que es considerada como la más importante de las expediciones científicas de la centuria, aquélla que le retuvo durante un decenio en el Perú y serviría al cabo para determinar la forma exacta de la tierra; autor de obras que le consagraron como el «sabio español» allende nuestras fronteras; vinculado a las reformas de la armada y a la mejora de la formación de los marinos, su trayectoria ha constituido un referente de estudio y, en consecuencia, muchos autores se han aproximado a su vida y a su obra desde perspectivas muy diversas, aunque poniendo siempre el acento sobre la faceta del marino, del científico, del espía o del diplomático.

El presente trabajo pretende hacerlo desde otra óptica pues el punto de partida no es el nacimiento del marino sino su muerte y, debido al hecho de que falleció sin testar, la dificultad que entrañó el reparto de su herencia ha requerido un acercamiento previo al círculo familiar y patrimonial del linaje Juan, haciéndonos dirigir la mirada no hacia el personaje sino hacia la persona, centrándonos no tanto en el científico como en el hombre.

Una parte muy importante de la base documental que sustenta nuestro estudio procede de una fuente tan atractiva como es la correspondencia particular, en este caso la mantenida entre quien fue su secretario personal durante más de dos décadas y uno de los familiares de Jorge Juan; si bien conviene advertir que no se trata de una correspondencia cruzada puesto que únicamente se conservan las cartas recibidas por Bernardo Juan Santacilia, hermano y heredero del marino, pero ninguna de las escritas por éste, a excepción de algún borrador. El inicio de esta interesante relación epistolar lo constituyó la muerte de Jorge Juan, vívidamente descrita por Miguel Sanz en una de sus prime-

ras cartas, y su prolongación a lo largo de dos años se debió a la necesidad de liquidar y repartir su herencia, una tarea sencilla en apariencia pero que no tardó en convertirse en una dura y absorbente obligación para el fiel secretario. Como veremos, éste desempeñó su labor con una eficacia y un celo que, afortunadamente para la memoria del sabio difunto, excedió con mucho la misión que le había sido encomendada e, incluso, pudo ser la causa de una corta estancia en prisión; si bien este es uno de los aspectos que, muy a nuestro pesar, hemos tenido que dejar en el aire. El que podríamos denominar monólogo de Miguel Sanz, frente a un mudo y, todo hay que decirlo, algo indiferente Bernardo Juan, nos introduce en una dimensión absolutamente distinta a la habitual en una investigación al permitirnos una aproximación al mundo más personal del científico. A partir de aquí, y gracias a una detallada pesquisa llevada a cabo en registros parroquiales y protocolos notariales hemos podido ir desenredando la intrincada articulación familiar y poner en evidencia los intereses particulares de cada uno de sus miembros.

La consideración y estima que el marino mereció de sus compañeros de armas y, sobre todo, de su secretario es bien diferente de la que le depararon sus más allegados. El tremendo esfuerzo desplegado por aquél para salvaguardar su memoria, sus objetos personales más significados, su biblioteca o sus obras recién impresas y en proceso de distribución no tiene nada que ver con la agria disputa surgida entre sus familiares para hacerse con la herencia más tangible del científico. El especial cuidado puesto por Miguel Sanz en todos estos asuntos le convierten en pieza clave para entender este proceso y los historiadores debemos estarle doblemente agradecidos. En primer lugar, y es sobradamente conocido, porque a la pluma de Sanz se debe el opúsculo que sobre su señor publicó al poco de su muerte y que ha guiado la elaboración de gran número de trabajos acerca de Jorge Juan. En segundo, porque su paciente, detallada y pulcra relación epistolar mantenida con la familia Juan nos ha permitido contemplar su vida cotidiana con un grado de detalle poco habitual en estos casos. De ahí que nuestra investigación no pudiera cerrarse más que de un modo: procurando descubrir quién fue Miguel Sanz y cuál la trayectoria vital y profesional de un hombre que, dedicando todos sus esfuerzos a engrandecer la memoria de Jorge Juan, consiguió con ello que la suya haya permanecido injustamente olvidada entre el polvo de los archivos. Su historia, o buena parte de ella, ocupa pues un capítulo final cuyo título, parafraseando el de la obrita que él dedicó a Jorge Juan, pretende ser un homenaje a su persona.

Los inicios de este libro se remontan a varios años atrás y se deben a la siempre generosa y amable atención que, desde hace ya más de dos décadas, nos han dispensado doña María Teresa de Rojas y Roca de Togores y don Alfonso de Borbón y Caralt, titulares y custodios del denominado Archivo de la marquesa del Bosch. Entre sus fondos, cuidadosamente conservados para ejemplo de quienes posean un patrimonio documental de alto valor histórico,

se encuentran los pequeños legajos con las cartas de Miguel Sanz las cuales, tras análisis lento y concienzudo, nos permitieron configurar el núcleo básico de la investigación, posteriormente enriquecida con numerosos aportes documentales procedentes de diferentes archivos locales y nacionales. Nuestro agradecimiento hacia sus personas, tantas veces reiterado en anteriores trabajos, abre de nuevo este capítulo de reconocimientos, imprescindible siempre en toda obra cuya elaboración ha ocupado un largo tiempo a sus autores.

Porque, junto con ellos, han sido muchas las personas e instituciones con las que, de una manera u otra, hemos contraído deudas de gratitud en estos años pasados, bien por su apoyo personal constante o por habernos facilitado notablemente la tarea investigadora, en ocasiones excediendo en mucho lo que sus obligaciones contemplan. Es por ello que, modestamente y en unas pocas líneas, quisiéramos hacerles patente nuestro sincero agradecimiento.

A Jorge Juan Guillén Salvetti, coronel de intendencia de la Armada y director de la Biblioteca Central de Marina, estudioso y gran conocedor de la vida y obra de Jorge Juan y por ello seguidor de la estela trazada por su padre el almirante Julio Guillén Tato, debemos largas y amenas conversaciones, una constante y entrañable relación epistolar y multitud de sugerencias, precisiones e informaciones que han contribuido a enriquecer, aunque él en su modestia piense lo contrario, varios de los capítulos de este libro. Su amistad es uno de los hallazgos que nos ha deparado la elaboración de este trabajo.

En el doctor Rafael Navarro Mallebrera, director del Archivo Histórico Municipal de Elche, hallamos el mejor de los cómplices durante las largas y calurosas sesiones que pasamos trabajando en las dependencias del archivo que dirige durante un mes de julio especialmente tórrido. Su proverbial vinculación con la investigación, su perfecto conocimiento de las fuentes que custodia, su probada intuición y la magnífica disposición del personal que con él colabora facilitaron notablemente nuestra tarea.

Idéntico trato nos dispensó el personal facultativo del Archivo General de Marina «Álvaro de Bazán», ampliando incluso su horario de trabajo; del Archivo Histórico de la Armada (Zona Marítima del Mediterráneo, Cartagena) y del Archivo Histórico Provincial de Alicante, depositario de un importante fondo de protocolos notariales alicantinos; sin olvidar las atenciones de Susana Llorens, técnico del Archivo Municipal de Alicante, y de Zoila Helbenso, funcionaria de la biblioteca «Gabriel Miró», dependiente de la Caja de Ahorros del Mediterráneo y sita en la ciudad de Alicante. A José Luis Rodríguez de Diego, director del Archivo General de Simancas, agradecemos su amabilidad y prontitud en la localización de determinada documentación que, a la postre, permitió iniciar con tino la investigación que nos condujo hacia Miguel Sanz. Aunque ello habría sido considerablemente dificultoso de no haber mediado la ayuda desinteresada de la doctora Gloria Franco, compañera y profesora titular en la Universidad Complutense, quien nos puso sobre la pista del escurridizo secretario personal de Jorge Juan. Nuestra gratitud igualmente

para Joaquín Meseguer y Ángel García, quienes nos otorgaron su ayuda y confianza para consultar la colección denominada «El legado de Jorge Juan», interesante fondo documental que la Caja de Ahorros del Mediterráneo tiene depositado en la Casa Museo Modernista de Novelda (Alicante). A la Fundación Jorge Juan, en especial a Graciela Luz, directora de Investigación de la sede de Novelda (Alicante), agradecemos todas las facilidades proporcionadas para la consulta del material microfilmado que custodia, procedente de archivos nacionales y, sobre todo, de archivos parroquiales de la zona.

La contribución del capitán de navío don Manuel E. Baturone Santiago y de don Antonio Tapias Domínguez, director de la Caja de Ahorros de Segovia, en la búsqueda de documentación ha resultado decisiva para alumbrar algunos de los aspectos más oscuros de la trayectoria de Miguel Sanz. De igual modo Alberto Marcos Martín y Arturo Morgado, profesores respectivamente de las universidades de Valladolid y de Cádiz, así como don Luis C. Goicoechea Ruiz, comandante director de la Escuela de Suboficiales de San Fernando (Cádiz), acudieron solícitos en nuestra ayuda cuando les demandamos su colaboración, contribuyendo a disipar algunas de las dudas que nos acechaban.

La deuda contraída con los profesores Enrique Giménez y Jesús Pradells, compañeros pero por encima de todo amigos entrañables en el Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Alicante, es ciertamente especial. No sólo han estado infundiéndonos ánimos constantemente e inquiriéndonos acerca del estado de nuestra investigación sino que, en su tramo culminante, se han convertido en compañeros de viaje y trabajo en el Archivo del Arsenal de Cartagena al hacer coincidir sus horarios con los nuestros, contribuyendo de este modo a que la tarea solitaria del investigador se hiciera más llevadera. Por si ello fuera poco, el profesor Enrique Giménez ha sido un paciente y crítico lector del borrador de este libro aportando un buen número de sugerencias que, sin género de duda, enriquecen su contenido.

Por último, nuestro profundo agradecimiento a la Fundación Jorge Juan, en la persona de su presidenta doña Mercedes Cort, y a la Universidad de Alicante que, gracias a su colaboración institucional, han hecho posible la publicación de este libro.

CAPÍTULO 1 EL CIENTÍFICO Y SU SIGLO

Jorge Juan en la ciencia española del siglo XVIII

La vida de Jorge Juan Santacilia, uno de los más cualificados referentes de la España ilustrada por sus contribuciones fundamentales en el campo de las matemáticas y la física, discurrió indisolublemente unida a las dificultades de penetración y asentamiento en el país de las nuevas ideas científicas así como a los proyectos y realizaciones de dos de las personalidades más señeras del reformismo borbónico durante los reinados de Felipe V y Fernando VI: los poderosos ministros José Patiño y Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada.

El proceso de asimilación de las nuevas corrientes científico-filosóficas circulantes por Europa conoció en España no pocas dificultades y sus introductores, un reducido grupo de intelectuales al margen de las instituciones educativas oficiales, sufrirían el desprecio y algo más por parte de sus detractores, anclados en el más rancio escolasticismo y enemigos declarados de las teorías modernas. Conocidos por la despectiva, en la época, denominación de *novatores* su labor fue fundamental para cimentar el movimiento renovador que prendería en España durante la primera mitad del siglo XVIII y haría posible el posterior desarrollo de las ideas ilustradas¹.

Su labor, perceptible en las últimas décadas del reinado de Carlos II y primeros años del de Felipe V, tuvo como objetivo denunciar el aislamien-

¹ J. M^a López Piñero: *La introducción de la ciencia moderna en España*, Barcelona, 1969; del mismo autor *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona, 1969. Sobre el término novator, acuñado en 1714 por Francisco Palanco, y su significación en los ambientes culturales de la época ver P. Álvarez de Miranda: *Palabras e ideas: el léxico de la Ilustración temprana en España (1680-1760)*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1992. En torno al fenómeno novator ver el informe titulado «Los novatores como etapa histórica» aparecido en la revista *Studia Historica*, n^o 14 (1996), que contiene diferentes estudios de reputados especialistas.